



EL PENSIL DEL BELLO SEXO,

Periodico semanal de literatura, ciencias, educacion,
artes y modas, dedicado exclusivamente a las damas.

Para las condiciones de suscripcion, véase la última página.

Advertencia.

Con el número de hoy repartimos el bellísimo figurin correspondiente a la suscripcion ordinaria del presente mes.

Igualmente repartimos el figurin semanal correspondiente a la suscripcion extraordinaria de Señoras.

IMPORTANTE.

A pesar de la advertencia que con uno de los números del PENSIL se hizo á las Señoras y Señores que nos favorecen, relativamente á la propiedad de este periódico, ha sabido su dueño que D. José de Souza no cesa de propagar especies infundadas, con las cuales pretende confundir en una sola dos empresas tan distintas como son la del PENSIL, y la del antiguo DEFENSOR. Para evitar de una vez toda clase de tergiversaciones, el empresario capitalista de este periódico D. Antonio Gutierrez de Leon DECLARA TERMINANTEMENTE que el PENSIL es propiedad EXCLUSIVAMENTE SUYA y separada enteramente de toda correccion con el DEFENSOR DEL BELLO SEXO, debiendo por lo mismo los señores suscritores no menos que los comisionados de la empresa, desestimar las especies vertidas por el Sr. Souza, siendo la prueba mas evidente de la propiedad que asiste al Sr. Gutierrez el religioso cumplimiento con que éste realiza sus ofertas, dando á luz por sí, y exclusivamente por sí, los números del PENSIL, entendiéndose él solo desde un principio con los comisionados, y saliendo como sale y ha salido siempre, garante de llevar á cabo su empeño sin auxilio extraño ninguno, ni cooperacion pecuniaria de nadie.

ESTUDIOS FILOSÓFICOS SOBRE LA MUJER.



En uno de nuestros números anteriores nos ocupamos de la mujer en general, de sus naturales disposiciones, y del papel que está llamada á representar en las sociedades modernas bajo el triple carácter de hija, esposa y madre. Entonces no hicimos mas que apuntar ideas que merecen ser tratadas con la mayor detencion. El porvenir de la mujer es tal vez el porvenir de la humanidad: ¿quién sabe si el mundo cristiano se halla todavía tan encenagado en el vicio, tan dividido en mil encontradas pasiones, por la sola razon de no haber dado á la mujer toda la importancia que se merecia? Nosotros queremos estudiar esta cuestion, queremos ver si en efecto la mujer debe ser otra cosa de lo que hasta el dia ha sido, si tiene en sí todas las condiciones de su importancia y supremacia, si no siendo mas que mujer, marchando acorde con su naturaleza y propensiones, dando un completo

aunque regular desarrollo á sus disposiciones naturales, puede alcanzar toda la felicidad que es dado conseguir en este mundo, y ser al mismo tiempo una fuente perenne de vida y civilización, uno de los principales elementos que deben constituir y moralizar la sociedad cristiana. Mas diremos: queremos ver si á la altura en que se encuentran actualmente los destinos del hombre, está reservada á la mujer una de esas misiones divinas que en otros tiempos confiaba Dios tan solo á los ángeles y á los espíritus elegidos.

Háse dicho muy frecuentemente, y hasta cierto punto con razon, que la mujer no estaba en un pié de igualdad absoluta con el hombre. Esto que en algunos casos puede ser una queja fundada, carece en otros de toda justicia. La mujer en efecto, no se halla colocada en la misma posición que el hombre; pero tampoco debe estarlo: reclamar para ello los mismos derechos, querer ajustar sus acciones á una misma platilla, señalarla un mismo modo de vivir y obrar, hacer depender su felicidad de las mismas causas, ofrecer á su corazón las mismas esperanzas y perspectiva, es desconocer la índole distinta de su organización y el temple particular de las disposiciones de su alma. Los que lamentan la suerte de la mujer por hallarla privada de poder competir con el hombre en esos grandes palenques en donde á trueque del sosiego y de la paz interior se juega la ambición, el oro, ó las distinciones del mundo, no saben que hablar así á esa bella mitad del género humano, es echar el último gérmen de cizaña y trastorno en la sociedad, quemar tal vez la única tabla que nos queda para poder salvarnos del eminente naufragio que corremos. Si, preciso es decirlo, los que estudien los vicios que devoran actualmente á los pueblos, el continuado movimiento que los marca, el perenne desasosiego y ansiedad en que todos vivimos, no podrá menos de conocer que estamos abocados á uno de esos cataclismos sociales que acaban con la vida de los mas fuertes imperios. Pero los que conozcan la historia de la antigüedad sabrán tambien que cuando en otras épocas han llegado las sociedades al estado que describimos ha habido siempre algun elemento que haya venido á animarlas y vivificarlas, y que todas esas apariciones de dioses y profetas, todas esas transmigraciones de unos pue-

blos en otros no han sido mas que otros tantos medios de que la Providencia se ha servido para inocular el virus de una nueva vida en las sociedades que iban á morir. Consultad, pues, ahora la situación de todos los pueblos conocidos, el estado de las conciencias, el abandono en que el mundo tiene á la divinidad, la relajación moral que cunde por todos lados, el aire de desencanto que baña todos los corazones; consultad todo esto, y decidme luego si creéis posible en la actualidad la aparición de ninguno de esos seres providenciales, que medio velados de misterio, han tomado la mitad de su fuerza de la conciencia íntima de su predestinación, y la otra mitad de las circunstancias y el estado moral de los pueblos que les rodeaban, y han revelado y llevado á cabo la obra que presentian ya todos los corazones. Decidme de donde ha de salir ahora un nuevo Cristo redentor y salvador. Consultad la fuerza y la hallareis combatida por la astucia, la ciencia y la hallareis dividida, la religion y la hallareis desprestigiada. En ninguna parte ni dentro ni fuera de la sociedad, podreis encontrar un principio salvador. Ni la espada de Atila ni la Cruz del Cristo, pueden ser ya un nuevo símbolo de redención. La séptima época de la Apocalipsis está ya tocando á su término.

Pero no: hay aun una mies que no ha dado todavia su fruto, aun hay un Dios cuyos altares no están profanados, aun está la mujer que providencialmente hemos dejado abstraída y retirada del contacto letal del mundo para que se mantuviese pura y sin mancha y pudiese ser mas tarde la levadura de la nueva generación. Si como vosotros los que habláis de la emancipación de la mujer, no sabéis que esa sola palabra puede cortar el único eslabon que nos sostiene en la cadena de los tiempos, que detrás de la profanación de la mujer está el abismo. Vosotros los que queréis asimilar la mujer al hombre, los que queréis llenar su corazón de sus pasiones y abrumar su imaginación con mil ensueños de hierro y oro, no sabéis que si desnaturalizáis los únicos seres en que se hallan algunos rastros de la gracia primitiva, nos vamos á encontrar perdidos en el mundo, sin nada que nos ate á lo pasado y nada que nos encamine en el porvenir. Sabéis lo que sería entonces el hombre perdido en el espacio, un planeta arrancado de su órbita y despeñándose por el abismo.

Tal es la misión que está reservada á la

mujer. No faltarán algunos que la crean superior á sus fuerzas, pero nosotros que nos proponemos toear esta cuestion bajo todos sus distintos aspectos, trataremos de probar tambien que la mujer, en medio de lo delicado de su organizacion, adoptada de una fuerza moral inmensa y que guiada y mantenida por el amor no habrá peligro que la asuste, ni sacrificio que la detenga. En nuestros próximos artículos tocaremos el medio y manera con que esta redencion, por la mujer, podrá verificarse.

R. de Salazar.

LA SÉPTIMA HIJA DE UN PINTOR.



N Florencia, en la artistica Florencia, vivia á principios del siglo XVII un pintor llamado Julio Strozzi. Animado de un vivo entusiasmo por el arte divino á que se habia consagrado, el jóven Florentino alimentaba la halagadora esperanza de que sus trabajos inmortalizarian su nombre; creia algunas veces verle ya inserito en los archivos de la fama al lado de los de Miguel Angel y Rafael, y esta idea llenaba su corazon de una indecible alegria. ¿Qué le importaba su oscuridad presente, su miseria, las privaciones que se veia forzado á sobrellevar, sus largas horas de un rudo y á veces infructuoso trabajo? Su gloria futura debia consolarle de todo.

No obstante, la vida del jóven Florentino se consumia en una lucha continua de su talento y su sublime ambicion; dotado de una de esas imaginaciones ardientes y vivas, muy comunes bajo el hermoso cielo de Italia, carecia Strozzi de los medios de poder reproducir en el lienzo sus sueños brillantes, sus poéticas inspiraciones; así era que en sus cuadros todo aparecia mudo y frio: reinaba en todos ellos un tinte forzado y uniforme, y los personajes que representaba parecian carecer de toda vida.

Irritado contra si mismo y con el desaliento en el alma, quiso llegar á la gloria por una via menos directa: aquel nombre que él no podia hacer ilustre, llegaría tal vez á serlo en un hijo dotado de los talentos que á él le faltaban.

Desde que le vino esta idea á las mientes no pensó mas que en realizarla.

En el valle de Vallombrese se elevaba una modesta casita, con una especie de ligero pórtico por cuyas columnas ascendia un verde emparrado y un balcon en donde habia mil tiestos coronados de flores. En aquella casita vióse una vivia con su hija.

La bella Ginebra pareció ser la esposa que nuestro artista debia escoger. Comenzó, pues, á rondar las inmediaciones de la morada de su presunta esposa: en un principio se paseaba por delante de su puerta con aire triste y tímido; luego osó ya dirigir alguna mirada hacia la jóven, que permanecía apoyada graciosamente en su balcon: por fin, un dia se determinó á pararse á escuchar la dulce romanza que cantaba la jóven con una voz mas dulce todavia; y otro se sentó en el banco que habia delante del portal suplicando que se le dejase descansar. La viuda no solamente vino en aquello sino que le ofreció de refre car: nuestro artista lo aceptó, y desde entonces principiaron á entablarse unas rápidas relaciones entre los dos jóvenes que vinieron á terminar en el matrimonio.

Establecida ya Ginebra en el taller de nuestro artista faltaba una circunstancia para la felicidad de esta nueva familia. Un dia, empero, la tierna esposa anunció á su consorte, con una voz conmovida, que tardaria poco en ser madre.

Al oír Strozzi esta declaracion tan impacientemente esperada sintió saltarle el corazon de gozo. Desde entonces no se ocupó mas que en formar proyectos, que luego habia de deshacer, acerca de la educacion que iba á dar á su hijo; pero ¡ay! al cabo de largos meses fue una hija la que se le ofreció á sus caricias! Siete veces seguidas el pobre artista oyó á un nuevo infante dar el grito de dolor del que sale al mundo, y siete veces su esposa no pudo ofrecerle mas que una hija. Esta irrisión de la suerte tenia algo de triste y era capaz de desalentar á cualquiera. Desengañado de las esperanzas de gloria que habian acariciado su vida, se encerró en su taller y se sustrajo á las miradas de todos. Jamás su mano paternal acarició la frente de sus jóvenes hijas, ni jamás su sonrisa correspondió á sus sonrisas. Ellas crecian bellas como las virgenes de Rafael; pero la desgracia habia endurecido al artista, y las castigaba por haber de rrocado con su nacimiento todos sus ensueños de gloria y todo su porvenir.

Julio era demasiado pobre para que pudiese proveer á las atenciones, cada día mayores, de aquella numerosa familia; así fué que pensó en un convento para sus pobres hijas. Estas aceptaron con resignación la suerte que su padre les deparaba y entraron en el claustro, derramando tan solo algunas lágrimas por aquella madre cuyo amor había tratado de compensarlas de la animadversión paternal. Julio por su parte las vió despedirse del mundo con la mayor indiferencia.

Laura, la última de las hijas de Strozzi, fué la única que quedó al lado de su madre para ayudarla en los negocios domésticos: sencilla y fresca y con una alma que se abría á todas las emociones, á todos los grandes y generosos pensamientos, aquella pobre niña tenía un horror al convento, á pesar de que la miseria era la única perspectiva que le aguardaba. Su padre se había desalentado completamente y miraba con poco apego un trabajo que nada le producía. Laura comprendió entonces que tenía una grande misión que llenar. Desde que surgió esta idea en su mente, confió su proyecto á su madre y fué á encerrarse en su aposento, y allí durante dos días enteros se ocupó de un grande trabajo que todos ignoraban. Algunas veces salía de su cuarto triste y como si su alma se hallase completamente abatida, y otras por el contrario, se la veía aparecer como rodeada de una aureola de placer y gloria, y con una frente animada como por mil inspiraciones.

Un día, mas que todos, salió rebosando un placer que no podía ocultar y se dirigió al taller de su padre. Allí le habló de sus trabajos y trató de alentarle pintándole lo exagerada que era en él la desconfianza, cuando sus obras habían sido todas bastante bien recibidas. Acogió el anciano estas palabras como venidas del cielo: cuestóle á uno tanto trabajo convencerse de su postración cuando aun el espíritu le mantiene que no necesita mas que un pequeño estímulo para volver á la vida y á la esperanza. Julio, en efecto, comenzó de nuevo á trabajar y á llenar sus caballetes de mil distintos cuadros. Pero cosa rara: sus pinturas no eran ya las de otros tiempos. En un principio aparecían con el mismo carácter de frialdad, tan apelmazadas como antes, pero sin saber como, observábase luego en todas ellas una transformación milagrosa. El que hubiera visto un cuadro al salir de las manos

de Strozzi y le hubiera contemplado de nuevo al siguiente día no le hubiera conocido. Era el mismo pensamiento, representaba lo mismo, pero había adquirido una nueva vida, había recibido el sello del genio. No parecía otra cosa sino que algun ángel venía durante la noche y animaba con su aliento aquellas creaciones que habían salido muertas del pincel de Julio. Pero lo que hay que advertir es que nuestro pintor era el único que ignoraba tan extraño prodigio. Al ver las felicitaciones, los obsequios que de todas partes le dirigían, exclamaba siempre, al fin me han conocido: he logrado que me hagan justicia pero nada mas. El que había sonado tanto tiempo con la gloria pudo al fin ser feliz: el dinero para él no hubiera sido mas que un pequeño alivio á sus penas, pero el dinero con una nombradía como la que había logrado adquirirse en pocos años, era ya otra cosa. No se hubiera cambiado por el monarca mas poderoso de la tierra.

En tanto que la felicidad rebosaba por todas partes en la familia del pintor, su hija, la hermosa Laura, aunque participando á veces de la general alegría, parecía otras afectada por un hondo pesar. El que la hubiera sorprendido algunas veces hubiera oído en sus labios ciertas palabras que parecían no estar acordes con su posición: hablaba de glorias, de laureles sacrificadas, y cuando esto decía se animaba súbitamente como si pasase por su alma alguna cosa inexplicable. Otras veces por el contrario, se la veía sumida en una especie de éxtasis y como saboreando interiormente uno de esos placeres que solo las grandes abnegaciones y los grandes sacrificios producen. Entonces se la hubiera comparado con un mártir que goza mas con sus propios dolores cuanto mayores los crea. Lo cierto fué, que esto produjo en ella al fin una violenta enfermedad que los cuidados de todos no pudieron cortar. La pobre Laura espiró á los pocos tiempos y nadie supo dar cuenta del mal que la había llevado al sepulcro.

Su padre que había contraído hacia ella una violenta pasión y que la amaba mas tiernamente desde que había visto en ella la primera persona que había sabido comprenderle, y que le había alentado, contrajo con su muerte una tan profunda tristeza que la siguió tambien á la tumba á los pocos meses. Florencia entera lloró la muerte de aquel artista que tan inspirado se había mostrado en sus últimos días, y sus cuadros fueron co-

locados al lado de las pinturas de los célebres artistas

Pero á poco de su muerte corrieron algunas voces siniestras. Dijose que los dos últimos cuadros del pintor, habian aparecido con el mismo gusto y carácter que sus antiguas pinturas. Algunos atribuyeron esto á efecto de los años, y al mal humor que naturalmente debia tener despues de la pérdida de su hija: pero otros mas avisados dieron á esto otra aplicacion. Entonces se pensó en la rara enfermedad de Laura, y se sospechó que la inspiracion del anciano provenia de aquel ángel: ella habia manifestado con todos un conocimiento raro de la pintura, y es de sospechar que habia renunciado á su propia gloria por hacer la de su padre y con ella su felicidad. Si esto era cierto, Laura habia muerto combatida por una pereane aspiracion de gloria y el dolor que debia causarla dar á entender á su padre una triste realidad.

R. de Satorrea.



LA CASA DE PERO-HERNANDEZ.

(Continuacion.)

IV.

La vuelta de Diego Perez á casa del alcalde sin la menor desgracia, y su serenidad y su lindo humor en aquella noche espantosa, produjeron en todos los allí reunidos una reaccion tal contra el miedo, que mientras el resto de la poblacion estaba sumida en la ansiedad y en la zozobra, y todos sus habitantes no pensaban en otra cosa que en rezar y dirigir plegarias al cielo, el único asilo del valor y la confianza parecia ser la casa del alcalde. Tanto puede el ejemplo de un hombre esforzado y sereno en medio del peligro comun. Aldonza, que como hemos di-

cho, no miraba á Diego con ojos indiferentes, acabó de apasionarse del escudero al ver un testimonio tan grande de heroicidad y de arrojo. ¿Qué han de hacer las pobres mujeres, débiles por naturaleza, sino inclinarse al que les puede prestar un apoyo? En todos los tiempos y paises han sido siempre los valientes objeto de su interés y solicitud: el cobarde, el débil, el que por cualquier motivo manifiesta intimidarse en los lances apurados, no merece bien de las bellas. Tales son las reflexiones que hace la crónica al hablar de la vuelta de Diego.

—¿Pero es posible, le decian todos, que os hayais acercado á la casa de Pero-Hernandez sin experimentar los efectos de vuestra temeraria osadia? ¡Salir de casa cuando nadie seria osado á asomarse á la ventanal!

—Mi escudero ha sido siempre arrojado, decia el oficial. Ya sabia yo que era en vano tratar de intimidarle.

—Y aun por eso, contestó el escudero, no fuisteis vos el último en prohibirme salir. Pero si no me equivoco, cuando yo volví estaban vuestras mercedes rezando. Continúen vuestras mercedes en tan piadoso ejercicio, mientras yo me ocupo en dar á mi pobre Gavilan alguna cosilla en compensacion del mal rato. El señor alcalde que es rico, no tendrá á mal desprenderse de algun torrezno para obsequiar á mi perro. Esta noche cuento con su generosidad y galanteria.

—La casa echaré yo por la ventana, exclamó el alcalde, en obsequio de una compañía tan apreciable. Dad al perro lo que mejor os plazca, aunque sea toda la cena, que jamones hay á Dios gracias y provisiones abundantes para sustituirla con esplendidez.

—Tan galante sois como rico. Con semejantes prendas, seguro es que le falte novio á la señora Aldonza. ¡Ola! Parece que se ha puesto un si es no es colorada.

—La semana que viene, contestó la alcaldesa, habremos salido de cuidados respecto al particular.

—Por fuerza habias de ser habladora, le dijo su esposo. Cuando yo queria ocultarlo á la chica hasta el momento oportuno....

—Es decir, interrumpió el escudero, que querias proporcionar á vuestra hija la sorpresa mas grata que puede tener una soltera, sin decir esta boca es mia hasta presentarle el marido. No me parece mal vuestro pensamiento, pero siento infinito haber dado motivo con mi indiscrecion á la revelacion del secreto.

—La indiscreta ha sido mi mujer y no vos. Mas ya que todo se ha descubierto, no es co-

sa de ocultar lo que hay. Si señores, la semana que viene asistiréis á la boda.

Mudósele el color á Aldonza al oír estas expresiones. ¿Qué decís vos á esto? la preguntó Diego Perez.

—Haré lo que quieran mis padres, contestó la chica. Por mi parte, yo creo que no corría tanta prisa, pero cuando ellos lo han pensado así....

—Es prueba indudable que os debe convenir ese enlace: lo creo á fe de Diego.

—Y bien lo podeis creer, dijo la alcaldesa: figuraos un mozo adornado de todas las cualidades apetecibles, y tendreis el retrato de mi futuro yerno. Gallardo, comedido, prudente, buen cristiano, y sobre todo muy rico....

—¡Oh! pues si no fuera rico ¿seria yo tan necio que le concediese mi Aldonza? Pero mi mujer se ha empeñado en hablar mas de lo que es menester, y haríamos bien en dejar esa conversacion, sentándonos á la mesa.

—Sentémonos en buen hora, dijo Ramon. ¿Pero de qué podemos hablar para distraernos, mejor que de una boda?

—¡Como suenan esas campanas! exclamó Diego. Hablemos de muertos, señor alcalde.

—No, no! gritaron todos á la vez. De muertos ni una sola palabra. Al contrario: sea nuestra conversacion la mas divertida posible, y hablemos sobre todo en voz alta, para no oír los sonidos de las campanas, ni las sacudidas del viento.

—*Pero-Hernandez*.... gritó el escudero con todas sus fuerzas, á cuya palabra que resonó como un trueno en todo el ámbito de la casa, se pusieron todos á temblar como la hoja en el arbol. *Pero-Hernandez*.... volvió á repetir, y aquella voz espantosa acabó de echar por tierra el poco valor que les quedaba.

—¿Qué diablos haceis, Diego Perez? exclamó el oficial que durante el diálogo anterior habia guardado el mas profundo silencio. ¿Quereis evocar de su tumba el alma de ese hombre siniestro y traerla de patas aquí?

—Yo no quiero evocar el alma de nadie: pero como estos señores han dicho que debíamos hablar en voz alta, y como al señor alcalde no le gustaba mi primera conversacion.

—Tampoco á mi me gustaba, dijo Aldonza; pero barto mejor era oír hablar de mi casamiento por mucho que me repugnase, que no volver á la zozobra pasada. Yo os ruego encarecidamente... ¡Ah! tengo un miedo cruel.

—¡Miedo, señora Aldonza, estando Diego Perez aquí! Por Dios que voy á acercarme mas á vuestro lado y os voy á quitar ese mie-

do. ¡Eh! pecho al agua, señores, que no ha de venir *Pero-Hernandez* por mas que le haya llamado mi voz. Bien está alla en el otro barrio. Sentémonos á la mesa; todo esto no ha sido mas que una broma. Quise saber hasta qué punto tenia valor esta gente, y he visto lo que puedo prometerme de ella. ¿No es verdad, amo mío?

—Ciertamente, contestó el alfercz con sequedad.

—A bien, continuó el escudero, que donde estais vos no puede haber miedo, como dijo el tio Ramon.

Mordiése el alfercz los labios, y volvió á sumergirse en su silencio primitivo. ¿Qué era lo que le ocupaba en términos de ponerle tan taciturno? La crónica no dice una sola palabra; pero una de dos, ó el oficial pensaba en lo que era objeto de consternacion para todo el pueblo, ó la inesperada nueva del casamiento de Aldonza le habia puesto de mal humor. Eso de tener una prima agraciada y bonita, y rica y opulenta además, y oír de los labios de sus mismos padres que tantas y tan bellas cualidades van á tener otro dueño, es cosa bien poco agradable. Sea de esto lo que se quiera, el hecho es que el señor alfercz no volvió á hablar una palabra en toda la noche.

Diego Perez en tanto procuró reanimar la conversacion, pero por mas esfuerzos que hizo le fué imposible lograrlo. El alcalde estaba místico, la alcaldesa azorada, el tio Ramon violento, su mujer tristísima y la criada acurrucada en el hogar. El menor ruido los sobrecogia extraordinariamente, y todo era volver la cabeza hacia atras como si temiesen la entrada de alguna vision. Los únicos que gozaban de tranquilidad eran los chicos, los cuales se habian dormido cansados de aturdir la casa con sus lamentos. La misma Aldonza, á pesar de tener á su lado la persona de Diego, parecia mas que ninguno estar fuera de sus quicios, como suele decirse. Bien es verdad que la noticia de su próxima boda la habia dado que pensar y no poco. En fin, todo era mirarse unos á otros á manera de gente espantada, y si no se ponian á rezar, era por no incurrir en las socarronías de Diego.

Este, despues de haber tentado inútilmente divertirlos con sus ocurrencias, conoció que en efecto era en vano, y que despues de haber hecho resonar la cocina con el nombre de *Pero-Hernandez*, era escusado pensar en volver las cosas á juego. Cesó por lo mismo de hablar, y aun acabó por manifestarse tan pensativo como los que le rodeaban. El revolvia en su mente algun proyecto, ó le remordia la conciencia por haberse chanceado á expen-

sas del otro mundo. Tampoco dice el cronista la causa de esta mutacion inesperada, pero sí que todos parecían almas en pena, incluso el señor escudero. ¿Si estarían pensando también en el casamiento de Aldonza? El caso es que desde el momento en que su madre habló del proyecto en cuestion, fue Diego perdiendo por grados el lindo humor que tenía. Acaso el haber llamado á Pero-Hernandez de un modo tan inesperado y tan brusco fue en el efecto de desesperacion ó de rabia.

Esto no impidió sin embargo que Diego sintiese un razonable apetito; y así, despues de haber guardado silencio por mas de media hora, no pudo menos de hacer mencion de la cena. ¿Qué hacemos? preguntó. Son cerca de las tres de la mañana, y me parece que es hora de llenar el baul. ¿O piensan vuestras mercedes acostarse sin cenar?

—Cenemos, contestó el alcalde; aunque lo que es yo, no pienso sentarme á la mesa sino por haceros compañía. No tengo maldita la gana.

—Ni yo, exclamó la alcaldesa.

—Ni yo, dijeron los demás.

—Sentémonos sin embargo, replicó Diego Perez, y el apetito vendrá poco á poco. Vamos señora Aldonza, dejar tristezas á un lado.

Sentáronse en efecto á la mesa, pero los únicos que incaron el diente fueron gavilan y su amo. Las campanas habian cesado de sonar, y el viento no se oía tampoco; y sin embargo, no por eso se mostraron mas animados el señor alcalde y sus huéspedes. El oficial probó un bocado sin decir esta boca es mia, pero bebió con exceso. Aldonza tomó alguna cosa, mas solo por ofrecérsela Diego. Los demás estuvieron de cuerpo presente hechos unos verdaderos convidados de piedra.

—Animo, Gavilan, decia Perez al perro: te dije que todo se compensaria con la cena, y ves como te cumplo mi palabra.

—Mucho quereis á Gavilan, dijo Aldonza: dichoso perro que tanto cariño os merece!

—¡Oh, Gavilan es una alhaja! contestó Diego entusiasmado. ¿Hubiera yo salido en su busca si no lo mereciera? Habeis de saber que le tengo en mi compañía hace cuatro años, y que en todo ese tiempo no me ha dado una sola vez que sentir.

Es un perro, añadió, que me fue regalado por un infeliz ajusticiado en Toledo por no sé qué monedas falsas que le encontraron encima. Yo tuve la comision de guardarle mientras estuvo en capilla, y agradecido el reo al buen tratamiento que de mí habia recibido... “tomad ese perro, me dijo, no

tengo otra cosa que daros en prueba de mi gratitud. Dadme palabra de tratarle bien, y marcharé mas consolado al lugar del suplicio.

—Mucho le queria tambien su primer amo, dijo el alcalde llevando un vaso á los labios, aunque solo por mera ceremonia.

—No era su amo, contestó el escudero, sino un amigo de aquel infeliz que habia conseguido escalar la prision, y librarse de la suerte que cupo á su compañero. Así me lo dijo al salir al patibulo, añadiendo que tratase bien á Gavilan, pues en toda ocasion podria serme util el trato que le diese, si llegaba á noticia de Martin Antolinez, su amo.

—¿Martin Antolinez, decís? exclamó el alcalde. Per Dios que se llamaba Antolinez el último de los tres desgraciados que entraron en la casa de Pero-Hernandez para no volver á salir.

MICHEL ACUSTIN PRINCEPI.



MODAS DE PARIS

En el figurin que damos con el presente número hallarán nuestras suscriptoras dos trajes, uno de calle y otro de baile, rarísimos pero á cual mas bello. El primero se compone de una falda de merino azul rayado con seis alforzones ó viés, de los cuales el primero parte casi del rafe del vestido y el último llega como cosa de una cuarta mas abajo de la cintura. Tiempo hacia que los alforzones habian tratado de dar algun paso en el mundo de la moda, pero nunca habian osado ostentarse con tanta profusion. Nosotros nos felicitamos del triunfo que han logrado conseguir, porque sobre hacer desaparecer la monotonia que antes reinaba en la falda lisa, dan al traje un vuelo que hasta ahora tal vez nunca habia alcanzado.

El cuerpo, como verán nuestras suscriptoras, debe ser redondo y abierto por delante, de modo que debe ver con desahogo un lindo camiso bordado que va por debajo y sube hasta cerrarse muy alto en el cuello. Ha de te-

nerse un particular cuidado en que las rayas del dibujo se armonicen de modo que vengan á caer paralelas las de ambos lados de las vueltas, que á manera de las que llevan los chalecos, se forman en los dos lados del pecho. Casi junto á la cintura comenzarán tres jueguitos de botones dorados. La manga larga y estrecha y dejando ver una tira de blonda por debajo de los puños. Encima de estos se ceñirá una especie de cinta ó terciopelito.

Ya hace tiempo que recomendamos á nuestras suscriptoras los efectos de peletería, como objetos de abrigo y como cosa á la moda, y hoy les damos en el figurin una muestra de lo que pueden dar de sí en gracia y adorno las manteletas echarpés, de que ya también les hemos hablado. El gorro que completa el traje que acabamos de describir es de forma Pamela y disiente algo, en cuanto á estar mas ó menos ajustado á las mejillas, de la forma Clarisa Harlowes de que ya dijimos estar actualmente muy en voga. Los abanicos de invierno, de pluma con mango dorado y como el que verán hoy nuestras lectoras en el figurin son objeto también de un gran gusto y que no deben descuidar las que conozcan cuanto el ser una verdadera fashionable dependa de no descuidar ninguna circunstancia y ser á la vez, en todas las cosas y en cada una de por sí, una é indivisible en pensamiento y gusto.

El segundo traje de que vamos á ocuparnos es de baile, y como podrá observar cualquiera es de un coquetismo y una gracia admirable. Participa algo del género gitano, pero en tratando de cosas de gusto no ha de mirarse de donde se toman, si no si tienen en sí las verdaderas condiciones de lo bello. Redúcese á una falda de tarlatana blanca con cinco órdenes de guarniciones festoneadas y dispuestas á partir también desde el rafe del vestido. Lo que hay de mas particular en este traje es la especie de peregrina formada de tres órdenes de guarniciones y que dejando bastante al descubierto el pecho, hombro y espalda viene á caer sobre los desnudos brazos, y á terminar por delante en una ligera punta. Guante corto y cubierto en la muñeca por una linda manillera; y un poco mas arriba y ciñendo el brazo una sencilla tira de terciopelo que forma por bajo un ligero lazo. Todo este traje es de una simplicidad extrema pero de un refinado coquetismo y creemos que mas que á nadie ha de sentar á las mil maravillas á nuestras lindas españolas.

ADVERTENCIA IMPORTANTÍSIMA.

Con motivo de la proximidad del *Carnaval* hemos hecho traer de París un gran surtido de bellísimos figurines en trajes de máscaras, las cuales pueden servir de tipo á nuestras amables suscriptoras y suscritores para el verdadero buen tono en las diversiones y hails que se esperan con tanta ansiedad.

Dichos figurines se repartirán en nuestro periódico con la debida anticipación, á fin de que los pueda consultar el público que tanto nos favorece. Las señoras y señores que están suscritos al *PENSIL* por trimestres los recibirán sin indicación alguna por su parte. En cuanto á las suscriptoras y suscritores mensuales, se los repartiremos también; pero como la distribución ha de tener lugar entrada el nuevo mes de suscripción, esperamos se sirvan manifestarnos por conducto del repartidor si piensan renovar sus abonos, para en caso tener presentes sus nombres y formalizar desde luego la lista general de las personas que han de recibir los expresados FIGURINES.

EL *PENSIL* DEL BELLO SEXO sale á luz todos los domingos.

Habiéndose ocasionado dudas entre los suscritores sobre la palabra *separadamente* que figura en las condiciones de suscripción al *PENSIL* DEL BELLO SEXO, se previene que las expresadas condiciones deben entenderse del modo siguiente:

La suscripción al *PENSIL* es de tres clases:

Primera. La ordinaria, con opción al periódico y á un figurin de señora cada mes: sus precios son:

MADRID.	PROVINCIAS.	ULTRAMAR.
Un mes. 5 rs.	Un mes. 7 rs.	Un mes. 10 rs.
Tres. . 12	Tres. . 20	Tres. . 28
Seis. . 24	Seis. . 36	Seis. . 54
Un año. 44	Un año. 70	Un año. 100

Segunda. La extraordinaria de señoras, con opción al periódico y cuatro figurines mensuales: su precio, por trimestre adelantado, es 34 reales en Madrid y 41 en las provincias.

Tercera. La extraordinaria de caballeros, recibiendo el periódico con dos figurines de caballero y un patron pequeño, con otro grande cuando se reparten en París: su precio el mismo que el de la extraordinaria de señoras, esto es, 34 rs. en Madrid y 41 en provincias por trimestres adelantados.

Los figurines sueltos se expendrán á 3 rs. para Madrid en la puerta del Sol, número 8, tienda.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán francos de porte al empresario capitalista D. Antonio Gutierrez de Leon, calle de Sta. Clara, número 8, cuarto principal.

MADRID:—1846.

IMPRESA DE D. JOSÉ DE REBOLLEDO Y COMPAÑÍA,
Calle del Fomento, número 15.

